

LOS HOMBRES REGRESAN

JACK VANCE

El remanente descendió furtivo la escarpada cuesta. Era una criatura flaca y vacilante, de ojos torturados. Se movía en una serie de rápidos desplazamientos, ocultándose tras paneles de aire negro. Corría cada vez que una sombra pasaba, y a veces se arrastraba a cuatro patas con la cabeza junto al suelo. Al llegar a las últimas rocas, contempló la llanura.

Se elevaban a lo lejos unas sierras bajas que se confundían con el cielo, pálido y lechoso como vidrio opalino. La llanura se desplegaba como pana raída, arrugada y verdinegra, salpicada de ocre y herrumbre. Un surtidor de roca líquida se elevaba a gran altura, abriéndose arriba en ramificaciones de coral negro. A cierta distancia, una familia de objetos grises evolucionaba con la ilusión de una finalidad prevista; las esferas se fundían en pirámides, se convertían en domos, en manojos de espirales blancas, en agujas que pinchaban el cielo y, como *tour de force* final, en complejos mosaicos.

Al remanente nada de eso le importaba. Necesitaba alimento y en la llanura había plantas. A falta de algo mejor, eso sería suficiente. Crecían en el suelo, o a veces en los bloques de agua suspendidos o en el corazón del duro gas negro. Había macizos de indómitos espinos, bulbos verde pálido, plantas de hojas pegajosas y oscuras, tallos con flores retorcidas. No había especies definidas, y el remanente no tenía forma de saber si las hojas y vástagos que había comido el día anterior no serían hoy venenosos.

Probó con el pie el suelo de la llanura. La superficie cristalina, aunque asimismo parecía hecha de pirámides rojas y gris verdoso, sostuvo su peso, y luego de pronto absorbió su pie. Luchó frenéticamente por liberarse, saltó hacia atrás y permaneció agazapado en la roca, sólida por el momento.

El hambre le irritaba el estómago. Debía comer. Contempló la llanura; no muy lejos, un par de organismos jugueteaban. Se deslizaban, se zambullían, danzaban, adoptaban asombrosas poses extravagantes. Si se acercaban trataría de matar a uno. Se parecían a los hombres; debían constituir por lo tanto un buen alimento.

Esperó. ¿Largo tiempo? ¿Poco tiempo? La duración no tenía realidad cuantitativa ni cualitativa. El sol había desaparecido; no había un ciclo recurrente regular. «Tiempo» era una palabra vacía de sentido.

Las cosas no habían sido siempre así. El remanente conservaba algunos jirones de memoria de los antiguos tiempos, antes que la lógica y la sistematización se hicieran obsoletas. El hombre había dominado la Tierra en virtud de un supuesto esencial: que un efecto se debía a una causa, la cual era a su vez efecto de una causa anterior.

La manipulación de esa ley básica había dado abundantes resultados, y no parecía necesaria ninguna otra herramienta o instrumento. El hombre se felicitaba por su estructura de amplias posibilidades. Podía vivir en desiertos, llanuras o entre el hielo, en bosques o ciudades; la naturaleza no lo había conformado para un ambiente determinado. No tenía conciencia de cuán vulnerable era. La lógica era ese ambiente determinado; el cerebro, su herramienta específica.

Y entonces llegó la hora terrible en que la Tierra entró en un período de no-causalidad, y todas las ordenadas relaciones de causa y efecto se disolvieron. El instrumento específico resultaba ahora inútil; no podía asir la realidad. De los miles de millones de hombres, sólo unos pocos sobrevivieron: los dementes. Eran ahora los organismos, los señores de la época. Sus incoherencias eran tan exactamente equivalentes a los caprichos del mundo que constituían una peculiar sabiduría

salvaje. O quizá la desorganizada materia del mundo, liberada de las viejas exigencias, se había vuelto sensible a la psicoquinesis.

Otro puñado de seres —los remanentes— habían logrado subsistir, aunque sólo gracias a un crítico conjunto de circunstancias. Eran los mejor dotados del viejo dinamismo causal, y habían conservado el suficiente para controlar el metabolismo de sus cuerpos, y sólo eso. Se extinguían con rapidez, porque la cordura no ofrecía la menor posibilidad de manipular el entorno. A veces sus propias mentes farfullaban y erraban, y se lanzaban en pleno delirio a correr por la llanura.

Los organismos observaban sin sorpresa ni curiosidad. ¿Qué sentido tenía la sorpresa? Los locos remanentes podían situarse junto a un organismo y tratar de duplicar la existencia de la criatura. El organismo comía un trozo de planta; lo mismo hacía el remanente. El organismo se frotaba el pie con agua triturada, y el remanente le imitaba. Luego el remanente moría envenenado, o con las entrañas deshechas o de lesiones en la piel, mientras el organismo se tendía a descansar en la hierba negra y húmeda. O bien el organismo podía intentar devorar al remanente, y éste corría aterrorizado, incapaz de hallar un refugio en parte alguna, saltando y empujando con el pecho el denso aire hasta caer al fin en un lago de hierro, o en una bolsa de vacío, donde se debatía como una mosca en una botella.

En la actualidad, los remanentes eran muy pocos. Finn, el que contemplaba la llanura agazapado en la roca, vivía con otros cuatro. Dos eran hombres ancianos y pronto morirían. Y Finn también moriría si no encontraba alimento.

En la llanura, Alfa, uno de los organismos, se sentó, recogió un puñado de aire, una bola de líquido azul, una roca, los amasó, estiró la mezcla como una melcocha y le dio un vigoroso impulso con una mano; se extendió como una cuerda. El remanente se agachó más. No había forma de saber qué diabólica idea se le había ocurrido a la criatura; era impredecible, él y todos los suyos. A Finn le agradaba comer su carne, pero también ellos podían devorarlo, si tenían una buena oportunidad. Y él se hallaba en gran desventaja. Sus actos azarosos le desconcertaban. Trató de escapar, corrió, y empezó el pánico. La dirección que se proponía seguir era rara vez la que le permitía la variable resistencia ofrecida por el suelo. El organismo se encontraba detrás, tan versátil y desinteresado como el ambiente. Las dos series de caprichos unas veces se anulaban entre sí, otras se sumaban. En el primer caso, Alfa podía apoderarse de él. Era algo inexplicable. Pero, ¿qué no lo era? La palabra «explicación» carecía de sentido.

Se movían hacia él. ¿Le habrían visto? Se aplastó contra la adusta roca amarilla. Los organismos se detuvieron no muy lejos. Podía oír los sonidos que emitían. Se quedó pegado al suelo, aquejado por sus dos ansiedades en conflicto: el miedo y el hambre.

Alfa se arrodilló y a continuación se tendió sobre la espalda, con los brazos y las piernas abiertos. Dirigió al cielo una serie de gritos musicales sibilantes y de gemidos guturales. Se trataba de un lenguaje personal que acababa de improvisar, pero Beta lo comprendía.

—Una visión —exclamó Alfa—. Veo más allá del cielo, círculos que giran, nudos. Se aprietan con fuerza, nunca será posible deshacerlos.

Beta se encaramó sobre una pirámide y miró por encima de su hombro el cielo manchado.

—Una intuición —canturreó Alfa—, un cuadro de otro tiempo. Es duro, despiadado, inflexible.

Beta se irguió sobre la pirámide, planeó por la superficie cristalina, nadó por debajo de Alfa, emergió y se tendió a su lado.

—Observa al remanente al pie de la colina —dijo Alfa—. En su sangre se conserva toda la vieja raza: los hombres de mentes estrechas como hendiduras. Él ha exudado la intuición. Ese torpe ser desatina.

—Todos ellos han muerto —respondió Beta—, aunque tres o cuatro subsistan.

(Cuando pasado, presente y futuro son sólo ideas de otro tiempo, como botes en un lago seco, no es posible definir el término de un proceso.)

Alfa dijo:

—Ésta es la visión: veo a los remanentes invadiendo la Tierra. Luego nos expulsan hacia ninguna parte, nos dispersan como mosquitos en el viento. Eso es lo que nos aguarda.

Ambos permanecieron quietos, considerando la visión. Una roca, o quizás un meteoro, cayó del cielo y golpeó contra la superficie de la laguna. Dejó un agujero redondo, que lentamente se cerró. De otro punto de la laguna saltó al aire una gota de fluido, que se alejó flotando.

Alfa habló:

—Otra vez. La intuición es más clara. Habrá luces en el cielo.

La fiebre murió en él. Enganchó un dedo en el aire y se izó hasta ponerse en pie.

Beta no se movía. Caracoles, hormigas, moscas, escarabajos trepaban sobre él, molestaban y se reproducían. Alfa sabía que Beta podía levantarse, alejar a los insectos, marcharse. Pero Beta prefería, aparentemente, la pasividad. Eso estaba bien. Podía producir, si lo deseaba, otro Beta, o incluso una docena. A veces el mundo quedaba atestado de organismos de todas clases y colores, altos como campanarios, bajos y rechonchos como floreros. A veces se ocultaban tranquilamente en profundas cavernas, y en ocasiones la variable sustancia de la tierra se desplazaba y uno, o treinta, quedaban encerrados en un capullo subterráneo. Todos se quedaban sentados con gravedad, aguardando hasta que el suelo se abría y volvían a ver la luz, haciendo guiños, pálidos.

—Siento una carencia —dijo Alfa—. Me comeré al remanente.

Se movió y la pura casualidad le llevó junto a la roca amarilla. Finn se puso en pie, aterrado.

Alfa intentó comunicarse para que Finn se quedara quieto mientras él comía; pero Finn no podía captar las diversas tonalidades de la voz de Alfa. Recogió una piedra y se la arrojó. La piedra se pulverizó y regresó hacia la cara del remanente.

Alfa se acercó y extendió sus largos brazos. El remanente intentó darle un puntapié, pero perdió el equilibrio y se deslizó por la llanura. Alfa, complaciente, le siguió. Finn se arrastró, tratando de alejarse. Alfa se movió hacia la derecha; una dirección era tan buena como cualquier otra. Chocó con Beta y empezó a devorar a Beta y no a Finn. Éste vaciló, luego se acercó y empezó a meterse en la boca trozos de carne rosada.

Alfa le dijo al remanente:

—Estaba a punto de comunicarle una intuición al que nos estamos comiendo. Me comunicaré contigo.

Finn no podía comprender el lenguaje personal de Alfa. Comían tan de prisa como les era posible. Alfa continuó:

—Habrán luces en el cielo. Grandes luces.

Finn se puso de pie, y mirando cauteloso a Alfa, recogió las piernas de Beta y empezó a arrastrarlo hacia la colina. Alfa le miraba con desinterés.

Era una dura tarea para el escuálido Finn. A veces Beta flotaba en el aire, a veces se adhería al terreno, y por fin se sumergió en una veta de granito que se congeló alrededor del cuerpo. Finn trató de liberar a Beta, y de extraerlo haciendo palanca con un palo, pero sin éxito.

Corría de un lado a otro en una agonía de indecisión. Beta empezó a marchitarse, a desvanecerse como una medusa en la arena caliente. El remanente lo abandonó. ¡Demasiado tarde, demasiado tarde! Comida que se perdía. ¡El mundo era un lugar terriblemente frustrante!

Por el momento, tenía el estómago lleno. Volvió a lo alto del risco, al campamento donde los otros cuatro remanentes aguardaban, dos ancianos y dos hembras. Éstas, Gisa y Reak, habían salido a buscar alimentos, como Finn. Gisa había traído una losa de líquen; Reak un trozo de carroña indefinible.

Los viejos, Boad y Tagart, estaban tranquilamente sentados, esperando la comida o la muerte. Las mujeres recibieron a Finn con hosquedad.

—¿Dónde está la comida que fuiste a buscar?

—Tenía un cuerpo entero. No lo he podido traer.

Boad había arrebatado con astucia la losa de liquen y se la había llevado a la boca. Pero de pronto el liquen volvió a la vida; se estremecía y exudaba un licor rojo. Era venenoso, y el anciano murió.

—Ahora tenemos comida —dijo Finn—. Comamos.

Pero el tóxico produjo putrefacción, el cadáver se cubrió de espuma azul y se alejó flotando. Las mujeres se volvieron hacia el otro anciano, que dijo con voz temblorosa:

—Pueden comerme si es preciso, pero, ¿por qué no eligen a Reak, que es más joven?

Reak, la más joven de las mujeres, mordisqueaba su trozo de carroña y no respondió. Finn dijo con voz hueca:

—¿Para qué nos preocupamos? La comida es cada vez más difícil de encontrar, y somos los últimos hombres.

—No, no —repuso Reak—. Hemos visto a otros junto al promontorio verde.

—Eso fue hace mucho —dijo Gisa—. Seguramente ya se habrán muerto.

—Quizás hayan encontrado alimento —sugirió Reak.

Finn se puso de pie y miró hacia la llanura.

—¿Quién sabe? Tal vez haya mejores tierras más allá del horizonte.

—No hay nada en ninguna parte sino desolación y criaturas malignas —repuso Gisa.

—¿Qué puede ser peor que esto? —rebató Finn.

Nadie encontró motivos para disentir.

—Esto es lo que yo propongo —comenzó Finn—. ¿Ven esa cumbre alta? Miren las capas de aire duro; golpean contra la montaña, rebotan, flotan y desaparecen al otro lado. Subamos, y cuando pase un gran bloque de aire, saltaremos sobre él para que nos lleve a las hermosas regiones que quizá se encuentran donde no alcanza la vista.

Hubo una discusión. El viejo Tagart alegó su debilidad; las mujeres se burlaron de las hermosas regiones que Finn imaginaba. Pero por fin, protestando, iniciaron el ascenso.

Les llevó largo tiempo. La obsidiana era blanda como jalea, y Tagart dijo repetidas veces que estaba en el límite de su resistencia. Pero continuaron y finalmente llegaron a la cúspide, donde apenas había lugar para todos. Miraron en todas direcciones: la mirada se perdía en el acuoso gris.

Las mujeres reñían y señalaban en distintas direcciones; pero había escasos vestigios de mejores territorios. En una dirección había sierras de color verde azulado que se estremecían como vejigas llenas de aceite. En otra se veía una corriente negra: una hondonada, o un lago de arcilla. En otra aparecieron unas sierras de color verde azulado. Eran las mismas que habían visto al principio, sólo que había habido un desplazamiento. Debajo se hallaba la llanura, brillando como un coleóptero iridiscente, salpicada de puntos oscuros y aterciopelados que indicaban una dudosa vegetación.

Vieron organismos. Una docena de formas haraganeando entre las lagunas, masticando vainas vegetales, piedras pequeñas o insectos. Apareció Alfa. Se movía con lentitud, todavía asombrado por su visión, e ignoraba a los demás organismos, que continuaron con sus entretenimientos hasta que quedaron inmóviles, compartiendo su opresión.

En la cumbre de obsidiana, Finn se apoderó de un filamento de aire que pasaba, y lo sostuvo.

—Vamos —dijo—. Navegaremos hacia la tierra de la abundancia.

—No —protestó Gisa—. No hay sitio suficiente, y, ¿quién sabe si nos llevará en la dirección correcta?

—¿Cuál es la dirección correcta? —preguntó Finn—. ¿Alguien lo sabe?

Nadie lo sabía, pero las mujeres se negaban a subir al filamento. Finn se volvió hacia Tagart.

—Enséñales cómo se hace, anciano. Sube.

—No, no —repuso éste—. Me da miedo el aire, esto no es para mí.

—Sube, anciano, y te seguiremos.

Jadeante y temeroso, Tagart se aferró en la masa esponjosa hundiendo profundamente las manos, y se sentó con las flacas piernas colgando sobre la nada.

—¿Quién le sigue? —dijo Finn.

Las mujeres todavía se negaban.

—Ve tú mismo —exclamó Gisa.

—¿Y dejar aquí mi última garantía contra el hambre? ¡Arriba!

—No, el aire es demasiado pequeño. Deja que se vaya el anciano y le seguiremos en otro más grande.

—Está bien.

Finn soltó el filamento, que flotó sobre la llanura. Tagart, a horcajadas, se sostenía con firmeza, luchando por su vida.

Le miraron con curiosidad.

—Miren —observó Finn—, qué fácil y rápidamente se mueve el aire, sobre los organismos, el lodo y la incertidumbre.

Pero el aire mismo era incierto. La balsa del anciano se disolvió. Aferrando los mechones que se deshilachaban, Tagart intentó retener en parte su almohadón. Pero éste se desintegró y el hombre cayó.

Desde la cumbre los otros tres miraban la delgada forma que aleteaba y se retorció en su caída hacia el lejano suelo.

—Ahora ni siquiera nos queda carne —dijo Reak, furiosa.

—No —reconoció Gisa—. Excepto la de Finn el visionario.

Le examinaron. Entre ambas podían dominarle con facilidad.

—Tengan cuidado —exclamó Finn—. Soy el último hombre. Ustedes son mis mujeres y deben cumplir mis órdenes.

Ellas lo ignoraron, hablando en voz baja, mirándole de lado.

—¡No! —dijo Finn—. ¡Las despeñaré!

—Eso es lo que planeamos hacer contigo —repuso Gisa.

Ambas avanzaron con cautela.

—¡Basta! ¡Soy el último hombre!

—Estaremos mejor solas.

—¡Un momento! ¡Miren a los organismos!

Las mujeres miraron; los organismos se hallaban muy juntos, mirando al cielo.

—¡Miren el cielo!

Así lo hicieron; el cristal helado se resquebrajaba, se partía, caía en jirones a los lados.

—¡El azul! ¡El cielo azul de los viejos tiempos! Una luz terriblemente brillante hirió sus ojos. Los rayos calentaron sus desnudas espaldas.

—El sol —dijeron con voz atemorizada—. El sol ha vuelto a la Tierra.

El cielo lechoso había desaparecido. El sol flotaba orgulloso y brillante en un océano azul. El suelo se movía, se rompía, bullía, se solidificaba. Sintieron cómo la obsidiana se endurecía bajo sus pies; su color pasó al negro brillante. La Tierra, el Sol, la galaxia, abandonaban la región de la libertad. Retornaba el tiempo anterior, con su lógica y sus restricciones.

—Ésta es la vieja Tierra —gritó Finn—. Somos los hombres de la vieja Tierra. ¡De nuevo el mundo es nuestro!

—¿Y qué será de los organismos?

—Si ésta es la antigua Tierra, será mejor que se cuiden...

Los organismos se hallaban en una pequeña elevación, junto a un arroyo que con gran rapidez se convertía en un río en medio de la llanura.

Alfa exclamó:

—¡Aquí está mi intuición! Es exactamente lo que vi. Se ha ido la libertad, vuelven la dureza y las exigencias.

—¿Cómo lucharemos contra ellas? —preguntó otro organismo.

—No es difícil —respondió un tercero—. Cada uno debe llevar a cabo una parte de la batalla. Yo me propongo lanzarme hacia el Sol y borrarlo de la existencia.

Se agachó y saltó; pero cayó de espaldas y se rompió el cuello.

—La culpa es del aire —dijo Alfa—, porque el aire rodea todas las cosas.

Seis organismos corrieron en busca del aire, cayeron al río y se ahogaron.

—De cualquier modo —continuó Alfa—, tengo hambre.

Buscó un alimento apropiado, y atrapó un insecto que le clavó su aguijón.

—Mi hambre no se ha aplacado —añadió.

Vio que Finn y las dos mujeres descendían de los riscos.

—Me comeré a uno de los remanentes —dijo—. Vengan, y comamos todos.

Tres de ellos avanzaron, como de costumbre, al azar. Por casualidad, Alfa se encontró frente a frente con Finn. Se preparó para comer, pero Finn alzó una piedra que siguió siendo una piedra, dura, aguda, pesada, y la dejó caer, complaciéndose con la acción de la inercia. Alfa murió con el cráneo roto. Otro de los organismos intentó saltar una profunda brecha de seis metros y desapareció en el abismo; los otros se sentaron y comieron piedras para saciar su hambre y empezaron a sufrir convulsiones.

Finn señaló distintos puntos de la nueva y fresca tierra.

—Allí estará la ciudad; será como las de las leyendas. Allí los campos y el ganado.

—No tenemos nada —protestó Gisa.

—No —respondió Finn—. Ahora no. Pero el sol sale y se pone otra vez; otra vez las piedras pesan y el aire es ligero; otra vez cae la lluvia y el agua fluye hacia el mar.

Pisó los organismos caídos.

—Hagamos planes.

FIN

Título Original: The Men Return © 1957.

Traducción de Carlos Peralta.

Edición Digital de Arácnido.

Revisión 2.